

escuela toda ejercía el clero, lo mismo el católico que el protestante en la de sus respectivas confesiones. Llegada la época del Kulturkampf, no podía escapar la escuela católica, dada su organización, de ser objeto de los embates de los perseguidores del Catolicismo, y así sucedió en efecto.

Los liberales querían disimular el verdadero propósito que hacia la escuela católica les animaba, procurando hacer creer que su intención no era otra que encomendar al Estado la vigilancia de la escuela, porque comprendían que si lograban alejar de ella al clero, sus propósitos estaban cumplidos. En el discurso del Trono de 28 de Noviembre de 1872, el emperador anunció que sería sometida á la Cámara una ley relativa á la vigilancia de la escuela, y poco después el proyecto de ley se presentaba, en efecto, concebido en estos términos:

«Artículo 1.º Pertenece al Estado la vigilancia de todos los establecimientos de instrucción y de educación públicos y privados. Por consiguiente, todas las autoridades y todos los funcionarios encargados de esta vigilancia obran en nombre del Estado.

Art. 2.º El nombramiento de todos los inspectores locales y de distrito, así como la delimitación de sus jurisdicciones, pertenece exclusivamente al Estado. Las funciones que el Estado confie á los inspectores de las escuelas primarias, mientras constituyan un cargo accesorio ú honorífico, son revocables á voluntad.»

Se quiso hacer, sin embargo, creer que el ministro no pensaba prescindir de los servicios del

clero, á quien seguiría respetando en sus funciones, y se hizo ver á los protestantes que su clero continuaría desempeñando en la escuela el mismo papel que hasta entonces, y que la ley en proyecto sólo afectaría á la escuela y al clero católico; de ahí que, salvo pocos protestantes que se hicieron cargo del espíritu de la ley y de los peligros que encerraba y que votaron con el Centro, los demás votaron la ley.

La discusión en la Cámara fué empeñadísima, y los oradores del Centro combatieron el proyecto con toda energía, distinguiéndose, sobre todo, Malinckrodt, Reichenperger y Windthorst; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles y la ley se aprobó por mayoría.

El episcopado, el clero y el pueblo católico protestaron en el acto y en todos los tonos, aunque inútilmente, contra esta inicua ley, y el ministro Falk, sin duda para acallar estas quejas y para encubrir algo el alcance de su propósito, confirmó en un principio en sus funciones á todos los inspectores, que, como se ha visto en el capítulo anterior, eran eclesiásticos para las escuelas católicas; pero ordenando que se le diese inmediata cuenta de quiénes eran entre esos inspectores los que no poseían la confianza del Gobierno; y como el clero católico no podía aprobar las medidas de aquel Gobierno, ni por consiguiente tener su confianza, de aquí que poco á poco se le fuera eliminando de esas funciones de inspección, y se fueran introduciendo inspectores y maestros completamente hostiles al Catolicismo, á pesar de las reiteradas protestas de los padres católicos.

que se entiende por *clericalismo* entre la familia del *triángulo* 1.»

Y prueba de que ésta es la consigna dada por las logias para engañar á muchos incautos, el que el judío Ernesto Natán, gran maestro de la masonería italiana, decía ante un público de masones en 21 de Abril del año anterior, que la masonería combate al clericalismo y no al Catolicismo. ¡Y esto lo decía un *inocente*..... judío y masón por añadidura!

M. Buffet, en un discurso pronunciado en el Senado francés en 1880, ha determinado con gran precisión lo que se entiende por clerical. He aquí algunos de los párrafos de su discurso:

«He oído muchas definiciones; pero hay una sumamente sencilla, que yo aceptaría; esta, por ejemplo: un clerical es aquél que quiere gobernar teocráticamente á la sociedad civil..... que quiere hacer gobernar y administrar el país por el clero.

»Si esta es la distinción, permitidme deciros que entre los católicos esa distinción no divide, no separa á nadie.

»¿Hay algunos espíritus solitarios, singulares, que sean de este parecer? Lo ignoro; pero jamás he encontrado un solo católico que pida que el clero gobierne al Estado; ni uno sólo he encontrado jamás.....

»Así, un hombre nace en la Religión Católica, cumple en ella sus deberes hasta cierto punto, no

1 Las numerosas reuniones *anticlericales* que en los dos años anteriores y en este se han celebrado, lo han puesto bien de manifiesto, porque en ellas se ha maltratado á la Religión y se ha blasfemado horriblemente.

se casa civilmente, asiste á misa, á su muerte hace llamar á un sacerdote y es enterrado religiosamente; este es un católico. Se le llamará hasta un católico sincero, un católico no fanático; pero no es un clerical.

»Pero un católico que cree que lo que él va á buscar en la iglesia cuando á ella acude es la regla de su conducta, la fuerza para sobrellevar el peso y los trabajos de la vida, la fuerza necesaria para luchar sin desfallecimientos los combates impuestos á todo hombre; y si, penetrado de estos sentimientos, él cree que siendo padre de familia no le basta no abjurar su fe, sino que debe velar por transmitir á sus hijos ese depósito sagrado, este bien, más precioso á sus ojos que otro alguno, que debe, por consiguiente, reclamar escuelas donde esta fe no peligre; ¡entonces este hombre no es solamente un católico, es un fanático, es un clerical!

»Si va aún más lejos, si cree que el primer precepto del Evangelio es la caridad y que no basta para cumplirle dejar para los desgraciados una parte de lo superfluo, sino que es necesario además que el dón del corazón se una al dón de la mano, que es necesario llevar á los pobres, al mismo tiempo que el socorro material, consuelos, palabras de esperanza inmortal, y si, en fin, para llenar este deber, se une á otros animados de la misma fe y forma una de esas admirables conferencias de San Vicente de Paúl, ¡ah! ¡entonces está condenado, no es un católico: es un fanático, es un clerical!

»Si, yendo más lejos aún, funda un periódico

para defender esta causa; si viendo qué doctrinas, qué máximas, qué relatos, qué novelas, qué asquerosidades, qué torpezas se distribuyen entre los niños á quienes ninguna ley protege hoy contra los que van á ofrecerles hasta á la misma salida de la escuela, los escritos más infames; si quiere luchar contra esta propaganda inmunda, no por la fuerza, no por la coacción, sino ofreciendo un alimento menos emponzoñado á esta juventud; si publica, si crea un periódico católico: ¡es un fanático, es un clerical! En fin, si ve que el Gobierno por las resoluciones que adopta, por las leyes que presenta, por las medidas que propone compromete la libertad religiosa y atenta á sus derechos más queridos, y si él se dice: «Pero también yo soy elector; es necesario poner á cubierto el gran interés de la libertad religiosa que está por cima de los intereses meramente políticos»; si se pone de acuerdo con otros para elegir un diputado, ó un senador que defienda sus derechos; entonces, ¡ah!, entonces exclamaréis: «¡No solamente es un fanático, es un clerical! Pero el clericalismo es un partido político: es absolutamente preciso proscribirle.»

»¡Cómo! ¿Un partido político? Cuando los católicos se unen para una obra política, ¿son ellos los que han formado este partido político? No son ellos; le han formado para defenderse. En todas partes en que la libertad de conciencia está absolutamente reconocida; en todas partes donde cada uno puede desenvolver su pensamiento, conservar su fe, practicar con ella todos sus deberes sin miedo de que esta libertad sea restringida por la

ley, allí no hay partido político. Donde el partido católico se constituye son sus adversarios los que le forman, y le forman llevando sus ataques á un terreno que no les está permitido invadir.

»Si se llama clerical á todo hombre que combate con energía y por todos los medios legales, por sus convicciones, todas las causas tienen sus clericales. Yo diría que todas las causas que se estiman en algo, que todas las convicciones que son sinceras y profundas deben tenerles. ¿Cómo tendríais una convicción sin buscar para ella partidarios? Entonces es que no es una convicción real, que no es sincera, que no es profunda; ¡Y bien!, si todas las causas tienen sus apóstoles, si tienen hombres que se consagran á su propaganda, y si reconocéis la legitimidad de esta propaganda ¿será prohibida sólo á los católicos? ¿Ellos solos serán declarados enemigos cuando usen para defenderse y para propagar sus convicciones, porque tienen el derecho de proselitismo, de medios que se emplean contra ellos? ¡En todo caso, si se quiere reducirlos á esta situación, no la aceptarán; ellos reivindicarán su derecho!

»Sin duda todos los católicos no llenan exactamente, ni mucho menos, todos los deberes que acabo de enumerar con el celo y el ardor con que lo hace lo más escogido de entre ellos; pero estos escogidos, á quienes no siguen sino de lejos, les representan, y cuando se les ataca, los más indiferentes se sienten lastimados. De aquí surge un grande y serio movimiento de queja.»

Las palabras de M. Buffet son exactas: el católico celoso y convencido, el exacto cumplidor

de sus deberes religiosos, el que acomoda su vida á las enseñanzas de la Iglesia y desea que á ellas se atengan los demás hombres, porque lo que juzga bueno para sí lo quiere para su prójimo, ese es el clerical; y basta para los más sectarios que, aun sin eso, exista un fondo de Catolicismo, aunque esté de mil modos mitigado, para que allí vean esa fantástica y aterradora esfinge del clericalismo.

«El grito de «guerra al clericalismo» conque se combate la acción sobrenatural y salvadora del sacerdocio — dicen en su instrucción pastoral los prelados reunidos en Santiago de Compostela con motivo del Congreso católico — es una manera de disimular el odio anticristiano, que pretende extirpar la vida sobrenatural de los pueblos civilizados, y apartarlos de la sombra benéfica de la cruz, para que se debiliten y aniquilen entre los ardores de todas las concupiscencias y apetitos.»

Es, por consiguiente, indudable: no hay esa distinción que algunos maliciosa é hipócritamente quieren establecer entre el clericalismo y la Religión. A lo que se persigue con el nombre de clericalismo es á la misma Religión Católica.

## CAPITULO III

### Windthorst.

---

I Windthorst hasta que fué elegido jefe del Centro Católico alemán.—II. Su aspecto físico y su modo de ser.—III. Windthorst como político.—IV. Windthorst en los congresos católicos.—V. Muerte de Windthorst.—VI. ¿Encontraremos en España un Windthorst?

#### I

Después de haber presentado á nuestros lectores un resumen, un verdadero esqueleto de aquellas leyes opresoras que se llamaron leyes de Mayo, y que constituyeron lo que también se llamó el Kulturkampf prusiano, esqueleto desprovisto del revestimiento de las iniquidades, de las vejaciones, de las escenas repugnantes que le acompañaron y de los sufrimientos que á los católicos alemanes produjo, y que fácilmente se comprenden, aunque es difícil formarse idea de su intensidad, pasemos á exponer la actitud de aquellos valientes católicos, el resultado que con ella alcanzaron, y, entrando en este terreno, nos sale al encuentro, en primer término, un nombre que parece que comprendía en sí la acción de los católicos alemanes; y así como Bismarck es el campeón y la primera

El empeño de esos nuevos inspectores nombrados por el Gobierno era descatolizar á la juventud que acudía á las escuelas; los unos arrebatában el crucifijo y todo signo religioso de estos establecimientos; los otros, en presencia de los discípulos, trataban de fábulas los relatos de la Historia Sagrada; otros, se entregaban á entretenimientos de un gusto aún más dudoso desde el punto de vista moral, y se divertían en dirigir á las jóvenes preguntas tan sugestivas como esta: «¿Qué sentimientos deben llenar el corazón de una joven á la vista de un oficial de húsares?»<sup>1</sup>.

Aún sentía el ministro la necesidad de ir más adelante en sus propósitos, y en 16 de Febrero de 1876, publicó un decreto en el que se decía que la instrucción religiosa se daría á los niños por los órganos nombrados y autorizados por el Estado y bajo su vigilancia; que en las parroquias donde la enseñanza religiosa se hallase dividida, de modo que el profesor estuviese encargado de la Biblia y el cura del Catecismo, «se podrá tolerar este estado de cosas si la actitud del cura en frente del Estado no obliga á modificarlo. En este último caso, se le quitará al sacerdote la enseñanza del Catecismo.» Se decía también que en caso de conflicto entre el cura y el profesor, relativo á la enseñanza religiosa, debería sentenciarse la causa por la autoridad civil. Por este decreto

<sup>1</sup> Mr. René Lavollée, en su artículo *Le Chemin de Canossa*, publicado en *Le Correspondant* de 25 de Noviembre de 1902, pág. 581, cita estos hechos tomados de la obra *Persecución de la Iglesia Católica en Prusia*, escrita por Mons. Janizrewski, Obispo de Guesen y Posen, que antes se ha citado.

la enseñanza religiosa de la escuela quedaba completamente en manos del Estado protestante ó ateo, y se abría la puerta para arrancarla del poder del sacerdote católico, á quien insidiosamente se le daba el medio para poder seguir encargado de esa enseñanza, siempre como un dependiente del Estado y bajo su vigilancia, cual era el de merecer con sus actos la confianza del Gobierno, es decir, ser un sacerdote indigno.

## VII

Actualmente, en las naciones de origen latino sobre todo, parece que se quiere copiar la obra de Bismarck, y un nuevo Kulturkampf se ha inaugurado contra el Catolicismo.

Como siempre que una persecución religiosa empieza, las primeras víctimas son los religiosos, especialmente los hijos de San Ignacio, y ya antes hemos visto el por qué contra ellos se han conjurado todos los poderes del infierno; sigue después el clero secular, la enseñanza católica, y por fin toda persona, toda institución, toda idea que tenga carácter católico; y claro está que nunca en estas persecuciones, sobre todo en España, quedan á salvo los bienes de la Iglesia ni de las Congregaciones. Y es en esto la táctica uniforme tratar de confundir los conceptos y alterar el significado de las palabras; hablar de libertad para

ejercer la tiranía; é intentar adormecer á los mismos elementos católicos haciendo creer á los unos que la guerra no es más que contra los otros.

Lo que combatimos—dicen algunos redomados impíos y repiten otros cándidos secuaces—no es al Catolicismo, no es á la Iglesia, es al clericalismo; ¡como si el perseguir á las instituciones aprobadas, bendecidas y sostenidas por la Iglesia y oponerse á los principios por ella enseñados y desoír y hasta contrariar abiertamente las enseñanzas y exhortaciones del Romano Pontífice, llámese como se quiera á esa guerra, no fuera una persecución clara y ostensible á la Iglesia de Jesucristo! Si durante la última guerra que España sostuvo con los Estados Unidos nos hubiera dicho un norteamericano que ellos no hacían ni pensaban en hacer la guerra á España como tal nación, á la que amaban entrañablemente y cuyo bien procuraban con empeño, sino á nuestros generales y á nuestros soldados, y ese distingio nos hubiera convenido, ¿qué calificativo hubiéramos merecido por ello? Pues el mismo que merecen los que se convencen de que los sectarios y los que siguen sus inspiraciones no son anticatólicos, sino sólo anticlericales.

Un periódico de Madrid, de tinte abiertamente sectario <sup>1</sup>, en un arranque de plausible ingenuidad, decía:

«Han dado en decir que ser anticlerical no supone ser antirreligioso.

<sup>1</sup> *El Motín* de 9 de Febrero de 1901.

»Este concepto se repite ahora á cada instante, y quiere dar á entender que se puede ser buen católico y muy religioso, no obstante odiar, combatir y censurar al clero, á los frailes y á los jesuitas.

»A primera vista, para los tontos, parece eso una verdad; pero á poco que se fije la atención en ello, se cae en la cuenta de que sólo es un nuevo sofisma, inventado con poca fortuna.....

»Es una contradicción enorme. Vaya un ejemplo para patentizarlo:

»¿Qué le parecería á cualquiera un individuo que dijese: Yo tengo grandísimo amor al ejército, soy entusiasta por la milicia, deseo la guerra, me encantan las batallas, me embriago de placer entre el humo de la pólvora y el fragor de los combates....., pero siento odio mortal, aversión profunda hacia los generales, los coroneles, los capitanes, los sargentos y los soldados; la artillería, con sus bombas explosivas y sus cañones potentes, me parece una monstruosidad; la caballería, con sus lanzas, sus sables y su terrible empuje, una cosa brutal; la infantería, con sus fusiles, con su fuego nutrido, con sus bayonetas, un elemento bárbaro, sanguinario y cruel?

»De seguro que nadie quedaria convencido, ante tal razonamiento, del amor al ejército y del entusiasmo por la guerra del que de este modo se expresara.

»Pero eso, en buena lógica, viene á sucederles á los que, queriendo pasar por buenos religiosos, combaten ó ven con gusto combatir al *clericalismo*.

»Porque hay que ver lo que éste es y representa dentro de la Iglesia y de la Religión.....

»La Iglesia Católica tiene sus dogmas, sus doctrinas, que impone como artículo de fe, como verdades incontrovertibles, que todos los católicos están obligados á creer ciegamente; estableció las prácticas y ceremonias del culto, los sacramentos y demás obligaciones que los fieles tienen que cumplir como un deber ineludible; delegó sus facultades y representación para todo en sus ministros, papas, obispos y clérigos; creó además, como *milicia auxiliar, especialmente encargada de defenderla y de propagar aquellos dogmas y doctrinas*, las Ordenes religiosas; éstas, como el clero, han vivido siempre y viven aún, bajo el amparo y protección de la Iglesia; son los intérpretes y definidores de las verdades religiosas; en estos tiempos puede afirmarse que el clero es la Iglesia; los curas representan á Cristo en la tierra, reciben en la cátedra las inspiraciones de Dios, en cuyo nombre salvan ó condenan las almas; sin ellos es imposible, dentro del Catolicismo, el culto y la práctica de la Religión. ¿Cómo, pues, podrá ser un individuo buen católico y religioso, renegando del clero y del clericalismo?

»Porque, en resumidas cuentas, vamos á ver: ¿qué es eso que se llama clericalismo? Pues sencillamente el desarrollo, el incremento, la preponderancia, la fuerza, la vida del clero. Luego el que no está conforme con eso y va contra el clericalismo, va también contra el clero, y por consiguiente, contra la Iglesia y contra la Religión, toda vez que el clero es el instrumento consa-

grado por la Iglesia, y sin el cual no pueden practicarse ni cumplirse los mandatos de la Religión.....

»Esto sentado, y hecha la demostración de que anticlericalismo y antirreligiosidad son sinónimos, no hay inconveniente, por nuestra parte, en aceptar por ahora como buena la teoría novísima.

»Sígase, por lo pronto, con constancia y sin descanso combatiendo al clericalismo; que una vez que éste caiga al empuje de la opinión que se le manifiesta contraria, lo demás caerá después por su propio peso, como cae todo lo que se encuentra falto de sostén y de apoyo.»

«En este sentido—dice el cardenal Sancha <sup>1</sup>— abundaba el fracmasón Courdaveaux, profesor de la facultad de letras de Donai, cuando dijo: *La distinción entre clericalismo y Catolicismo es oficial, muy sutil é idónea para las necesidades de la Tribuna y el Parlamento; pero en las logias el Catolicismo y el clericalismo son la misma cosa.* De este testimonio, nada sospechoso para la secta, se sirvió *La Voce de la Verità* el 9 de Febrero último para combatir á la *Tribuna*, periódico anticlerical, que condenaba y reputaba errónea la opinión de los *vaticanistas*, cuando afirmaban que la agitación contra el clericalismo era agitación contra la Religión. Hoy ya no se discute ese punto, porque los motines, algaradas y ataques al dogma y á la inmunidad personal se han encargado de explicar, con dolorosa evidencia, lo

1 El Kulturkampf internacional, cap. III.